ANALÍA KALINEC

Psicóloga, docente y fundadora de Historias Desobedientes, hijas e hijos de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Analía Kalinec nació el 31 de octubre de 1979 y tuvo una vida como cualquier otra hasta 2005: tuvo tres hermanas, una familia unida, pudo estudiar y se recibió de docente y de psicóloga. Luego tuvo dos hijos y hoy, a los 41 años, estudia Derecho. Pero el 31 de agosto de 2005 su papá fue detenido. Eduardo Emilio Kalinec era un policía retirado y estaba acusado de perpetrar delitos de lesa humanidad durante la última dictadura militar. Ese día Analía empezó a cambiar. Tenía demasiadas preguntas y pocas respuestas. Hasta que en la elevación a juicio de la causa contra su padre leyó los testimonios de las víctimas que lo ubicaban en la sala de tortura. Se hacía llamar "Doctor K". En 2010 Eduardo Emilio Kalinec fue sentenciado a cadena perpetua por el Tribunal Oral Federal N° 2 de Buenos Aires, en el juicio oral por delitos de lesa humanidad en los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio del Circuito ABO (Atlético, Banco y Olimpo) durante la dictadura.

Analía entonces se distanció de su familia y rompió el pacto de silencio. La escritura formó parte de su proceso de sanación y de ahí nació el grupo de Facebook "Historias Desobedientes y con faltas de ortografía", donde empezó a contar su historia. En 2017, luego de la llamada "Marcha contra el 2x1", fundó junto a otras hijas e hijos de represores la agrupación Historias Desobedientes. Brindó su testimonio ante la Justicia en contra del pedido de su padre para hacer salidas transitorias de la cárcel. En un primer momento esas salidas habían sido negadas, pero a comienzos de 2022 la Cámara Federal de Casación Penal les otorgó beneficios a represores condenados o imputados por delitos de lesa humanidad entre los que se encuentra Eduardo Emilio Kalinec.

"Las personas que cometen estos crímenes, que generan un daño a toda la humanidad, también dañan a sus propias familias y a sus propios hijos y nietos,

porque esto se transmite generacionalmente. Y poder hablarlo, teorizar, leer y socializar nuestras historias nos está permitiendo generar algunas herramientas entender y empezar a sanar dentro de las propias familias tanto ocultamiento, tanto dolor, tanto silencio (…) Uno es heredero forzoso de una historia y lo bueno me parece transformar esa historia", Analía Kalinec.

(N. del E.: entrevista realizada en febrero de 2021 por el Programa Educación y Memoria).

LA HISTORIA DE ANALÍA

–Mi nombre es Analía Kalinec, soy maestra, psicóloga y estudiante de abogacía. Tengo 42 años, dos hijos y trabajo como maestra en escuela pública. También soy integrante de Historias Desobedientes, que es una agrupación donde nos empezamos a organizar quienes tenemos un vínculo filiatorio con los genocidas.

–¿Qué recuerdos tenés de tu infancia en la dictadura?

–Yo nací en el año '79, en el corazón de la dictadura, pero durante mi infancia no tuve registros sobre eso. Es más, ni supe que había existido una dictadura durante mucho tiempo. Incluso cuando fui a la escuela, durante la primaria y la secundaria, no existía el 24 de Marzo como día de recordación. Eso fue después, cuando empecé a dar mis primeros pasos como maestra. Entonces de repente me vi como maestra teniendo que contarles a mis alumnos y a mis alumnas qué había pasado un 24 de marzo, de lo cual yo ni sabía. Y bueno, ahí empecé un poco a entender qué había sido la dictadura, pero como algo lejano. Como algo que pasó en la historia, algo que no tenía nada que ver conmigo. Después se produjo un punto de inflexión en el año 2005: mi papá queda preso y se lo acusa de haber participado en crímenes de esa dictadura. Ahí empiezo a interiorizarme.

–¿En qué momento empezás a reflexionar sobre esto?

–Tardé un poco en empezar a reflexionar. Por las primeras noticias que tuve de la dictadura, cuando se declara el 24 de marzo como día de conmemoración, empecé a entender que fue algo que estaba mal. Ahí pude ver el reclamo de las Madres y de

las Abuelas (de Plaza de Mayo), de los organismos de Derechos Humanos, después incluso de la agrupación H.I.J.O.S., de los sobrevivientes y de los familiares de los desaparecidos, y de entenderlo como un reclamo justo y legítimo. Pero después, me costó aceptar que mi papá había tenido que ver con esos crímenes. Entonces yo entendía que todo lo que se estaba reclamando estaba bien, entendía que lo que había pasado en la dictadura había sido algo horrible, pero no podía, en un primer momento, aceptar o asumir que mi papá había participado de esos crímenes.

–¿Cómo fue enfrentarlo a él?

–Difícil, pero necesario. Enfrentar esta realidad, empezar a asumir la condición de genocida de mi papá fue todo un recorrido, no fue algo inmediato. Tuvo que ver con poder leer la causa con los testimonios de los sobrevivientes que directamente lo ubicaban a mi papá en la sala de tortura. Incluso leí la declaración indagatoria de él, donde niega todo. Y también empecé a asociar algunos relatos intrafamiliares, donde yo también ubicaba que sí había estado ahí mi papá. Entonces se generaron un montón de contradicciones frente a un cariño que yo sentía hacia la persona que es mi papá y, por otro lado, un repudio frente a alguien capaz de cometer esos crímenes. Mi primera reacción fue querer hablar del tema, pero en mi casa era tabú. De eso no se hablaba. Entonces mi insistencia en querer hablar de ese tema generó una ruptura familiar, un enojo hacia mí. No aceptaban que viniera yo a cuestionar o querer hablar de eso de lo que no se podía hablar. Yo además ya estudiaba psicología, tenía dos hijos, estaba armando mi propia familia y haciendo un recorrido distinto al de aquella familia endogámica que había tenido, con mis hermanas y mi papá como único mundo social. Entonces, la salida fue casarme, tener mis hijos, empezar a trabajar en la escuela pública y mandarlos a ellos a una escuela pública, estudiar en la UBA, me ayudó a vincularme con otras familias y me dio otros espacios de referencia y otras posibilidades para entender lo que había pasado. Pero no fue fácil.

–¿Cómo fue explicarles a tus hijos lo que estaba pasando con tu papá, tus hermanas y tu mamá?

–En realidad se fue dando un poco espontáneamente, porque fue algo que fuimos viviendo todos juntos como familia. Mi hijo ahora tiene 17 años y cuando mi papá quedó preso tenía un año y medio; o sea, pasó mucho tiempo. Yo seguía yendo a visitarlo a la cárcel con él hasta que tuvo tres o cuatro años, porque ahí fue cuando se generó la ruptura familiar. Y él, con sus cuatro años, también fue vivenciándola. Dejamos de ir a visitar al abuelito que estaba preso, porque incluso lo nombrábamos así, como el abuelito, ¿no? Nunca se le ocultó que estaba preso. Pasa que las condiciones en las cuales estaba preso no son las que uno se puede representar. Él estaba como si fuese en un club. Íbamos a visitarlo y capaz que hasta comíamos un asado en la cárcel, en el lugar donde estaba detenido. Después sí lo trasladaron a (la cárcel de) Devoto y hoy entiendo que cumple condena en la cárcel de Ezeiza, pero hace muchos años que no lo veo. En esta construcción que fuimos haciendo con mis hijos, fuimos anoticiándonos juntos de todo lo que estaba pasando. Ellos me van preguntando; el más chico, que tiene 13, no lo conoce. Entonces, en la medida que van creciendo y van preguntando, también reflexionamos y pensamos juntos, tratando de entender qué pasó con esta familia de la manera más sincera posible. A veces, cuando eran chiquitos, me decían que extrañaban al abuelo. Y a mí también me pasaba de extrañar a ese papá del que yo tenía registro. Fue toda una construcción entender que esa persona que es su abuelo y mi papá había cometido crímenes y por eso estaba en la cárcel.

CÁRCEL COMÚN

–¿Qué sentiste al saber que una persona que hizo las cosas que hizo él podía disfrutar de esas condiciones especiales en la cárcel?

–Las condiciones de un primer momento fueron cambiando y desde que quedó condenado cumple condena en cárcel común, lo cual no significa que sea igual a todas porque ellos están en lugares apartados. Los criminales de lesa humanidad, que son todos policías y militares, están todos agrupados. Pero uno también observa que hay ciertos beneficios de los cuales siguen gozando, ciertas cuestiones de preferencia. Ahora, por ejemplo, entre otras cosas, están tramitando las salidas transitorias, las prisiones domiciliarias y hay un fuerte debate social en relación a si estas personas que cometieron estos crímenes pueden volver a ser parte de la

sociedad con estos beneficios. Hace poquito le otorgaron a mi papá las salidas transitorias y hubo una movilización repudiando este accionar. Incluso nosotros, como Historias Desobedientes, fuimos a dar nuestra opinión en una audiencia pública que se hizo en Comodoro Py. Se resolvió que le negaron las salidas transitorias, entendiendo que fueron crímenes contra la humanidad de los cuales no dan cuenta de arrepentimiento. Las personas como mi papá tienen información sensible que podrían aportar a la sociedad en relación a qué pasó con los detenidos-desaparecidos, dónde están, qué hicieron con esos cuerpos. O los nietos que falta restituir a las Abuelas. Esta información sensible es muy probable que ellos la tengan y no la revelen nunca. Entonces, son personas que siguen generando daño. Pensar que se les pueden otorgar salidas transitorias, argumentando una reinserción social o familiar, es un contrasentido. Frente a eso hay un posicionamiento social, político y ético que dice 'no', que la sociedad no está dispuesta a tolerar que estas personas salgan de esa cárcel en tanto y en cuanto no den una muestra de arrepentimiento o hagan algún intento por reparar algo de todo el daño que generaron.

–¿Cómo fue tu experiencia de testificar contra tu padre cuando se debatieron las salidas transitorias?
–En realidad fuimos como colectivo, como agrupación. Es verdad que cuando yo testifiqué en esa audiencia argumentando que no me parecía bien que a mi papá le otorgaran las salidas transitorias fue movilizante. Pero yo no sentí que estuviera dando mis argumentos en contra de mi padre, sino a favor de la Memoria, la Verdad y la Justicia. Al lado mío había personas que habían sido torturadas por mi papá. Entonces no hay forma de que no acompañe su reclamo y esté de ese lado. Voy a estar siempre ahí, aportando mi palabra y todo lo que pueda en función de que estas personas consigan justicia. Y la justicia es que él siga preso.

–¿Por qué es tan importante romper con ese pacto de silencio?
–En Historias Desobedientes vemos esto que se nombra como un pacto de silencio entre los represores y que a nosotros nos es transmitido como si fuera un mandato de silencio, porque no pactamos nada con los genocidas. Pero sí es cierto que

aparece de modo intrafamiliar y de manera muy potente: 'no hay que hablar del tema', 'en esto no hay que meterse'. Entonces hay que romper con esa endogamia y con esas lealtades familiares que están tan arraigadas en una cultura machista y patriarcal. Y creo que se relaciona fuertemente con la plataforma de base del movimiento feminista, además, por supuesto, del camino que marcaron durante todos estos años los organismos de Derechos Humanos. Todo eso facilita que incluso los propios familiares de los genocidas podamos estar hoy militando por Memoria, Verdad y Justicia. Porque incluso desde el punto de vista religioso uno de los primeros mandamientos es honrar a tu padre y a tu madre. Entonces, declarar en contra de ellos sería romper esos mandatos cristianos. Desde el punto de vista legal, el Código Procesal Penal prohíbe que un hijo declare o testifique en contra de su padre. Pero decimos que no nos pueden prohibir hablar sobre lo que sabemos, primero porque nosotros también somos afectados frente a lo que se conoce como 'crímenes de lesa humanidad'. Si son crímenes que afectan a toda la humanidad, también nos afectan a nosotres, a nosotras, a nosotros, les hijes de los genocidas. Entonces negarnos la posibilidad de hacer una declaración, un aporte a la Justicia, es algo que no corresponde. Frente a esos mandatos nos estamos revelando.

HISTORIAS DESOBEDIENTES

–¿Cómo fue el proceso de fundación de Historias Desobedientes?

–Fue en un momento muy coyuntural, cuando asumió la presidencia Mauricio Macri. En ese marco político e ideológico surgió lo que se conoció como el '2x1', que era un intento legal que habilitaba a personas como mi papá —que fueron juzgadas y condenadas a cadena perpetua— a salir de la cárcel. Si se aprobaba ese fallo, muchos represores iban a poder dar por cumplidas sus condenas y volver a la calle. Eso generó el 10 de mayo del 2017 la Marcha de los Pañuelos, un movimiento impresionante. Yo fui a esa movilización con Liliana Furió, que también tenía a su papá condenado por crímenes de lesa humanidad. Al tiempo salió una nota en la revista Anfibia sobre Mariana Dopazo, 'ex hija de Miguel Etchecolatz', que es un conocido represor también condenado varias veces a cadenas perpetuas. Ella también se manifiesta en contra de los crímenes que cometió su padre, a favor de la Memoria, la Verdad y la Justicia. Y entonces advertimos que éramos un montón,

porque empezaron a aparecer posteos en las redes sociales. Con Lili fuimos escribiéndoles por privado y el 25 de mayo de 2017 nos juntamos y ya éramos seis. Fue entonces cuando decidimos que nos íbamos a llamar Historias Desobedientes y referenciarnos como hijas e hijos de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Pactamos salir a la calle en la siguiente marcha de Ni Una Menos, al 3 de junio de 2017. ¿Por qué? Porque entendíamos que nuestras historias estaban fuertemente atravesadas por la violencia machista y patriarcal, por las realidades familiares en las cuales nosotras crecimos, y porque Ni Una Menos es un lugar de reivindicación a donde nosotras también queríamos participar. Ese 3 de junio marchamos con una bandera que decía 'Historias Desobedientes. Hijas e hijos de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia'. Al día siguiente salimos en la tapa del diario Tiempo Argentino y nos empezaron a contactar de todos lados, incluso de otras partes del mundo. Hoy somos más de 120 integrantes e incluso hay un Historias Desobedientes Chile y se está fundando un Historias Desobedientes Brasil.

–¿Por qué eligieron la palabra 'desobedientes'?

–Cuando necesité verbalizar mi historia, sacar para afuera lo que me pasaba, empecé a escribir. La escritura fue algo muy sanador y alguien me sugirió que lo publicara en Facebook. Empecé a subir por las redes sociales algunos escritos y, para que no se perdieran, armé una página que se llama 'Historias Desobedientes y con Faltas de Ortografía'. ¿Por qué ese título? Porque en uno de los escritos conté que, a diferencia de las historias que me contaban cuando yo era chica en las que había que ser obediente, como maestra les cuento a mis alumnos historias donde los protagonistas siempre luchan por ser quienes son y transgreden las normas cuando están mal. Y una compañera maestra me comentó: "Qué buenas esas historias desobedientes que les contás a tus alumnos y a tus hijos". De ahí me quedó la frase. Y ‘con faltas de ortografía’ porque también aparece como algo sintomático en mi historia personal, que escribo con faltas de ortografía, como algo que no puedo evitar. Me leo y digo ‘qué bruta, cómo escribo’. Lo hablamos con las compañeras del colectivo y creemos que esta dificultad aparece como un modo de no ajustarse a la norma preestablecida. Frente a mandatos tan fuertes, uno los

rompe por dónde puede. Como no estar nunca peinada, cuando en mi casa siempre me hinchaban todo el tiempo con que me tenía que peinar. Entonces quedó como una metáfora linda lo de las faltas de ortografía. Cuando yo les cuento en esa primera reunión, que tuvimos el 25 de mayo de 2017, que existía esta página, nos pusimos todos como administradores y empezamos a usarla como lugar de encuentro y de manifestaciones. Esa página que tenía 50 seguidores, que eran mis amigas, después de esta noticia en el diario y se empezó a viralizar un poco, pasó a tener 10 mil de un día para el otro. Y se transformó en una herramienta para socializar nuestras historias.

–¿Cuál es la proyección del colectivo?

–Empezar a pensar cuáles son las consecuencias del terrorismo de Estado, la dictadura y los crímenes de lesa humanidad para el interior de las familias de los perpetradores. Es un campo que entendemos todavía no ha sido explorado. Estas personas que cometen esos crímenes también dañan a sus propios hijos y nietos, porque esto se transmite generacionalmente. Y poder hablarlo, teorizar, leer y socializar nuestras historias nos está permitiendo conseguir algunas herramientas para entender y empezar a sanar tanto ocultamiento, dolor y silencio. Todo eso va "haciendo síntoma" de distintas maneras, por eso pensamos que puede ser un aporte importante hablar y poder generar también contenido teórico.

UN CAMINO HACIA LA VERDAD

En una época iba todas las semanas a ver a mi papá pero en 2008 volví después de mucho tiempo sin verlo, porque había estado embarazada de mi segundo hijo y no fui a la cárcel durante el embarazo ni los primeros meses del bebé. Fue justo entonces cuando se elevó la causa a juicio oral, lo cual indicó que había muchos elementos que lo comprometían. Mi papá siempre nos había dicho que las acusaciones en su contra eran todas mentiras y no teníamos que creer nada. Igualmente nosotras (Analía, su madre y sus hermanas) no le preguntábamos, no hablábamos del tema. Pero ese cambio de instancia judicial para mí fue un punto de inflexión entre lo que yo le había venido creyendo y una realidad que se imponía. Empezaron a aparecer testimonios que lo ubicaban en los centros clandestinos y en

las torturas. Cuando leí todo ese material lo encaré, le pedí que no nos mintiera más y le dije “vos estuviste ahí”. Entonces él intentó justificarse y fue eso lo que me confirmó que había participado y, además, que no estaba arrepentido. Yo le reclamé por los chicos y las chicas desaparecidas, los pibes de escuelas secundarias, los que estudiaban en la universidad… Y él todo el tiempo se justificaba diciendo que eran subversivos, que él sabía muy bien a quienes buscaba porque los investigaba. Y con el tema de la tortura fue lo mismo: intentaba justificar la tortura diciendo que de esa manera ellos sacaban información que salvaba otras vidas. Decía que lo que hizo estaba bien y yo me horrorizaba por los crímenes que había cometido y nos estaba confirmando en ese instante. Yo no dimensionaba entonces lo que iba a significar para mí esa conversación con mi papá. Cuando volví a mi casa se lo conté a mi marido, los nenes eran chiquitos, Fino tenía cuatro años y Bruno era recién nacido. Al día siguiente mi mamá me reprochó que le hubiera dicho todas esas cosas a mi papá y me dijo que nosotras lo teníamos que apoyar incondicionalmente. Me dijo: "Vos lo estás cuestionando y no hay que cuestionar" y le respondí que necesitaba saber qué pasó y no estaba de acuerdo con lo que él hizo. Y a partir de entonces se genera todo un enojo hacia mí. Lo que me nace es escribirle una carta a mi papá que titulé "Carta abierta a un represor", una palabra que en ese momento para mí era horrible decírsela. Le expresaba que no estoy de acuerdo con lo que hizo y que tiene la posibilidad de contar lo que pasó y ayudar a otras personas; que el daño que generó no se puede reparar, pero sí su posicionamiento frente a lo que hizo, que lo había ido modificando. Bueno, eso era algo que estaba en mi mente pero no en la realidad… Incluso hoy, 15 años después de esa carta, mi papá sigue pensando que lo que hizo está bien y me está haciendo un juicio para declararme "indigna". Tiene este enojo manifiesto hacia mí. Cree que por pensar diferente no puedo ser más su hija y hay que desheredarme y declararme indigna. O sea, que la matriz del pensamiento de él se quedó estancada en esa lógica de que hay que eliminar al que piensa diferente.

–¿Qué pasó en el juicio?

–En el marco del juicio que me está haciendo mi papá para declararme indigna y desheredarme de la herencia de mi mamá él también pone en manifiesto que el día

en que muera me quiere desheredar. Por una cuestión de proceso legal nos citaron en el Juzgado Civil a una conciliación obligatoria donde se debían presentar él y mis dos hermanas menores (ambas me están haciendo juicio y las dos son policías) y yo, que soy la parte "cruzada" e "indigna". Mis hermanas no se presentaron pero sí mi papá, a quien trasladaron desde la cárcel al juzgado. La jueza nos dijo que éramos padre e hija y nos debíamos reconciliar. Fue horrible. Pretendían obligarme a que me reconciliara con una persona que hizo cosas espantosas y que me está haciendo cosas horribles a mí. Mi razonamiento fue que no tengo nada que hablar con ese hombre salvo que diga que se arrepiente de lo que hizo y que cuente todo lo que sabe. Ahí yo podría tener un margen de encuentro; sino no, no me interesa.

–Vos dijiste que “un papá nunca debería ser genocida”. ¿A qué te referís con eso?
–Son dos palabras que no podrían estar nunca juntas. Desde esa perspectiva hay una línea de pensamiento en la que se ubica Mariana Dopazo, por ejemplo, que prefiere que se la mencione como “ex hija de Etchecolatz”. Esto implica que ese progenitor, ese padre biológico, no es su padre y ella se desentiende. En mi caso el posicionamiento subjetivo es distinto, porque yo sí reconozco que es mi padre e incluso es él quien me está queriendo decir que no soy más su hija. Desde este lugar de hija me paro y le digo: "Vos tenés que hacerte cargo y acá hay una hija que te está cuestionando y te está diciendo que lo que hiciste está mal".

–Una de las cuestiones particulares con las que se enfrentó Mariana es que su apellido carga una condena social.

–Tras la marcha del 2x1 se publicó una nota titulada "Marché contra mi padre genocida" y ahí ella habla sobre el estigma social. Por ejemplo, cuando su hermano estudiaba en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA un profesor no le entregó un parcial y le dijo: "Tu examen está desaparecido". O cuando ella usaba su tarjeta de crédito recibía miradas terribles cuando leían el apellido. La representación social nos ubica dentro de su misma línea ideológica aunque no tengamos nada que ver. Por eso me parece tan válido este movimiento que viene a desestructurar y a

deconstruir un montón de lógicas de pensamiento y culturales. Los hijos no tenemos porqué cargar con la culpa de nuestros padres.

–¿Cómo vivís cada Día de la Memoria?
–Desde que está Historias Desobedientes lo vivo con entusiasmo porque encontré un espacio en el que puedo ir tranquila a la marcha del 24 de marzo; antes sentía mucha vergüenza de ir a Plaza de Mayo. Al principio vivía el Día de la Memoria como una fecha bastante incómoda, porque sentía que no tenía lugar en esa plaza. Pero también sentía la necesidad de participar, entonces iba un ratito y volvía. Sin embargo, desde que existe Historias Desobedientes lo vivo con más entusiasmo y pienso que voy desde un lugar genuino que aporta a la memoria, la verdad y la justicia. Y que también nos muestra el crecimiento que hemos hecho como sociedad en materia de Derechos Humanos. Que los propios familiares de los genocidas estemos marchando para acompañar a las Madres y las Abuelas, a la lucha de tantos años de los organismos de Derechos Humanos, es un indicador también de cómo hemos crecido.

EL VALOR DE LA MEMORIA

–¿Por qué es tan importante tener memoria?
–Para que no repitamos lo que hicimos mal y podamos seguir en la línea de lo que está bien. Es lo que nos constituye como sujeto personal y como sujeto social. Me gusta hacer un paralelismo entre mi historia personal y la del país, porque a través de la historia de Argentina yo pude encontrar mi historia personal. Una historia que desconocía, porque no sabía sobre los crímenes de mi papá, pero eso igual me estaba afectando. Entonces, tener memoria, que haya justicia y conocer la verdad son caminos hacia el crecimiento. Debemos trabajar y reivindicar esos logros.

–¿Cómo transmitís todo esto como docente?
–De un montón de maneras. En principio, el 24 de Marzo es un día de conmemoración obligatoria dentro de las escuelas. Eso marcó una diferencia y es muy distinto cómo se presenta en las escuelas esta fecha de lo que pasaba antes.

Por mi parte trato de aportar desde mi propio testimonio, como lo hago en esta charla, y también socializando con los chicos cómo viven en sus casas este día y qué recuerdos o anécdotas tienen sus padres o sus abuelos sobre la dictadura. Así es como se va construyendo la historia social.

–¿Considerás que las nuevas generaciones abordan la temática de los Derechos Humanos con otra mirada?
–Las nuevas generaciones necesariamente tendrán que ir transformando la forma en la que van a transmitirles esta historia a las generaciones siguientes. Y va a ser distinta a cuando son los afectados directos por el terrorismo de Estado quienes cuentan lo que les pasó. Necesariamente van mutando el contenido y la forma de transmitir las vivencias, pero eso no significa que sea en detrimento. Por eso son tan importantes espacios como el programa Educación y Memoria, al igual que los sitios de memoria como espacios anclados dentro de los barrios, las ciudades, las provincias y los países para recordar y denunciar lo que pasó y para que nunca más vuelva a pasar esto.

–¿Qué mensaje le darías a las chicas y los chicos que leen tu historia?
–Que estudien, que conozcan, porque conocer la propia historia tiene que ver con conocer la propia historia de nuestro país. Uno para conocerse y saber quién es, además de hacerse preguntas y de investigar, también debe conocer la historia de su país porque uno crece y se desarrolla en un marco social y nuestra familia también creció en un marco social. Entonces, conocer la propia historia necesariamente nos obliga a conocer lo que está pasando en el país y lo que pasó también en el país.

–Cuando hablabas de la herencia mencionaste la "transformación". ¿Qué importancia tiene para vos esa palabra?
–La transformación y la herencia... Esto tiene que ver con los mandatos que muchas veces nos llegan dentro de las familias. Uno puede heredar el color de pelo, una casa, una forma de ser... Pero si nuestros papás fueron malos, te pone triste pensar que heredás ese mal. Uno es heredero forzoso de una historia y lo bueno, me

parece, es transformar esa historia. No negarla, no rechazarla, no ocultarla, sino hacer algo diferente a partir de ese punto.

–¿Creés que hoy hay negacionismo?
–Sí, hay sectores negacionistas y entre ellos se encuentran los propios ideólogos de la dictadura. El negacionismo es parte del genocidio. Esto lo desarrolla muy bien Daniel Feierstein, un sociólogo importante y que investigó el tema del genocidio. Negar el genocidio es parte del genocidio. Negar que existieron los desaparecidos, negar que hubo chicas y chicos que fueron apropiados, negar que se cometieron crímenes atroces, todo eso es parte de la esencia del negacionismo y es también parte de sus crímenes.

–Cuando mencionás que también hubo violencia machista y patriarcal, ¿cómo lo analizás hoy en día con las herramientas que aporta el movimiento de los feminismos?
–Si hablamos de violencia machista y patriarcal tenemos que referirnos a la construcción histórica que es el patriarcado. Sus características se están evidenciando y discutiendo a partir de los movimientos feministas y las nuevas generaciones que vienen con otra impronta, muy distinta a la de mi generación y a la de mi mamá. Nos propone discutir cosas tan básicas como el lenguaje que usa el genérico masculino. Y estas lógicas machistas y patriarcales se ven más exacerbadas en determinados ámbitos. Por ejemplo, dentro de las Fuerzas Armadas y de Seguridad las características machistas están más exageradas. Entonces, ahí las intervenciones deben ser distintas y hacen a todo un trabajo social que debemos encarar. Desde Historias Desobedientes advertimos que nuestros modos de crianza, lo que a nosotros nos transmitieron y nos inculcaron nuestros padres, tienen que ver con un mandato muy fuerte: hay que casarse y tener hijos, hay que cumplir con determinadas normas sociales. Y venimos a desobedecer esos mandatos empezando a cuestionar estas lógicas de la mano también de un movimiento feminista y un movimiento de Derechos Humanos que brindan mejores herramientas y nos ayudan a plantearnos otros caminos posibles.